

# Con armas, como armas: la violencia de las mujeres

## With Weapons, as Weapons: Women's Violence

MARÍA XOSÉ AGRA ROMERO

Universidad de Santiago de Compostela

**RESUMEN.** El texto aborda uno de los temas de la violencia contemporánea, la violencia política de las mujeres. A partir de los problemas para nombrar la violencia y de los análisis de A. Cavarero sobre el «horrorismo», se centra en dos casos: la muerte de Yoyes y las mujeres bombas suicidas chechenas, mostrando las construcciones sociales y culturales de sexo/género, sus mitos y estereotipos, en cuanto constituyen una de las raíces más profundas y persistentes de la violencia. En definitiva, de lo que se trata es de reflexionar y comprender la vulnerabilidad de la condición humana.

*Palabras clave:* violencia, terrorismo, horrorismo, sexo/género, narrativa de la madre, mujeres bombas suicidas, vulnerabilidad.

**ABSTRACT.** The paper deals with one of the topics of contemporary violence: women's political violence. From the problems to name violence and Cavarero's analysis of «horrorism» the paper focuses on two cases: the death of Yoyes and Chechen women suicide bombers. We try to show the social and cultural sex/gender constructions, its myths and stereotypes since they are one of the deepest and more persistent roots of violence. In short, the main point is to reflect on and understand the vulnerability of human condition.

*Key words:* violence, terrorism, horrorism, sex/gender, mother narrative, female suicide bombers, vulnerability.

### *I. Introducción: La(s) violencia(s)*

#### *1. ¿Qué hizo? ¿Quién lo hizo? ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo lo hizo?*

El viernes 22 de julio de 2011 la isla de Utoya y el centro de Oslo se convierten en escenario de una matanza, suceso calificado como el 11-S de Noruega, y el de más muertos<sup>1</sup> en Europa desde el 11-M de 2004 en Madrid. Los medios van relatando la tragedia, el terror y el horror. Una vez confirmado que no se trata de un atentado suicida ni islamista, se indaga sobre la personalidad y motivaciones de su único autor. La consternación va acompañada del estupor ante la «normalidad» de Anders Behring Breivik: de fa-

<sup>1</sup> Las víctimas en total fueron 77, 8 de ellas en la explosión del coche y 69 jóvenes participantes en el campamento de verano del Partido Laborista.

milia acomodada, estudiado, educado, trabajador, blanco, cristiano, de derechas; y se buscan y avanzan explicaciones de por qué ha llegado a tal grado de violencia.

Esta masacre ofrece un escenario de terror/horror obra de un terrorista ultraderechista. Con uniforme de policía, con dos armas, andando sin correr, sin disparar descontroladamente, utilizando balas prohibidas que explotan dentro del cuerpo de las víctimas causando daños irreparables, gritando «debéis morir, debéis morir todos», el terrorista/guerrero asesina a las víctimas inermes, siembra el pánico (muchos jóvenes intentan huir a nado de la isla), y no se suicida, es detenido. Todo se sigue en directo a través de los teléfonos móviles. Como en otras ocasiones, ante actos de esta naturaleza que desafían nuestra comprensión, se apuntan interpretaciones. De entre los relatos que se producen en los medios periodísticos destacamos uno: «El monstruo que vestía de macho»<sup>2</sup>. Asumiendo que estamos ante un monstruo, se buscan indicios del paso de un individuo «normal» a «un tipo que se puso como misión la de eliminar al mayor número de personas posible». De barrio acomodado y padres separados, se hace referencia a que Breivik acusaba a su padre de cortar el contacto con los hijos. Aunque «aparentemente» no se encuentra nada traumático, la búsqueda continúa, acudiendo a su relato en Internet: «En sus recuerdos de esa época su madre era una feminista moderada que le dio una educación que, según él, le convirtió en un débil». Se comenta que hay algunas muestras de rebeldía y que «su complejo de inferioridad le llevó a preocuparse por su apariencia física», que se jacta de salir con muchas mujeres y desmiente que sea homosexual. Mas esto por sí solo no explica su violencia, de ahí que se puntualice: «Trató siempre de cultivar una imagen de macho y llevó ese extremo hasta el pensamiento político. De alguna forma, lo que viene a decir Breivik en su manifiesto es que los socialdemócratas han hecho de Noruega un país de nenazas», y de ahí pasa a defender la guerra contra el Islam y la inmigración.

Ahora bien, la lectura del reportaje suscita varias cuestiones y algunos interrogantes. La primera, sobre la normalidad y la monstruosidad. Como lo expresa Robert A. Pape:

«Siempre nos gusta que los malos sean monstruos con ojos desorbitados. Cuanto más vulnera el crimen nuestro sentido de la humanidad, más esperamos que los autores sean anormales, repulsivos, hostiles, enfermos mentales o carentes de sentimientos humanos normales. Por supuesto, la asociación de los actos inhumanos con los prototipos de malo inhumano no nos devuelve a las víctimas, pero parece que nos ofrece una explicación sobre cómo se produjeron esas terribles atrocidades»<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> *El País*, 31 de julio de 2011, firmado por A. C. y J. G.

<sup>3</sup> Pape, R. A.: *Morir para matar. Las estrategias del terrorismo suicida*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 259.

Según Pape, esa intuición resulta correcta algunas veces, no obstante, continúa, «en ocasiones, los que cometen los peores crímenes son personas bastante normales». Breivik era «normal» y tenía motivaciones políticas, sin embargo es presentado como un monstruo, deshumanizándolo al límite de no tener nada que ver con nosotros. Quizás podría ser examinado como un ejemplo de la «banalización de los monstruos», de una de las derivas de la «lógica del exceso»<sup>4</sup>, pero dejaré aquí esta cuestión pues mi interés se dirige a una segunda línea marcada en el reportaje, a saber, al vínculo entre el macho, la virilidad, la masculinidad, la política y la guerra. Breivik, se indica, cultiva una imagen de macho y la lleva al pensamiento político. Virilidad/feminidad constituye una histórica y tradicional dicotomía, normal y central de la política y de la guerra, del ciudadano/soldado. No obstante, no es este vínculo entre violencia y masculinidad, o entre violencia y machismo, el que se pretende resaltar, sino más bien que, en realidad, «vestía de macho», esto es, que utilizaba esta imagen como una máscara tras la que se ocultaba el monstruo. El artículo del periódico acaba con las palabras de una chica del barrio: «A él lo he visto alguna vez, pero no le recuerdo muy bien. No tenía el aspecto de un monstruo». Evidentemente lo primero que se nos plantea es ¿cómo se reconoce a un monstruo? Y luego toda una batería de preguntas: ¿Por qué se vestía de macho? ¿Es esta una máscara pertinente para aparentar normalidad? ¿Es la máscara de lo criminal/demoníaco?<sup>5</sup> ¿Puede el monstruo «vestirse» de mujer? ¿Por qué la chica de su barrio no hace alusión a su «imagen de macho»? ¿Responde la violencia de Breivik a, o puede ser examinada desde, las construcciones culturales, desde los estereotipos y relaciones de género? ¿Están des-sexualizados los monstruos?

El objeto de este artículo no es el caso Breivik en sí mismo, ni desarrollar una teoría o análisis sobre la mediatización de la violencia, ni tampoco pretende responder a todas esas preguntas, sino que viene a colación como un ejemplo de cómo se presenta mediáticamente la violencia contemporánea, al tiempo que me permite introducir algunas reflexiones, que se irán desarrollando, en torno a las construcciones culturales, los estereotipos y relaciones de género desde la perspectiva de la violencia perpetrada por mujeres, en la medida en que ha saltado a primer plano mediático por los atentados

<sup>4</sup> Cfr. Duque, F.: «La banalización de los monstruos (Lógica del exceso)», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n.º 42, 2007: 45-70, esp. pp. 64-66, sobre el terrorismo como una de las tres figuras del mal, mediáticamente reforzada. Sobre la patologización, Oliver, K.: *Women as weapons of war. Iraq, sex and the media*, New York, Columbia University Press, 2007, pp. 128-129.

<sup>5</sup> En *La Vanguardia* del 24 de julio, Rafael Poch en «El día que Noruega nunca olvidará» escribe: «Y Anders tomó su fusil. La furia criminal de un hombre blanco, cristiano y de derechas, no de un islamista, se desató el jueves en Noruega» y lo describe así «Anders Behring Breivik, 32 años, rubio, alto, noruego, de ojos azules, enemigo del multiculturalismo, llegó al lugar con uniforme de policía, chaleco antibalas, dos armas de fuego y su *incipiente barbita de macho cabrío*» (curs. n.). Furia criminal, demoníaco.

de mujeres bombas-suicidas (alguna embarazada) y con las soldados torturadoras de Abu Ghraib. Mujeres bombas-suicidas, mujeres uniformadas agrediendo sexualmente a hombres; mujeres en el ejército, una Ministra de Defensa del Gobierno español embarazada pasando revista a las tropas, suponen cierta novedad que, de un lado, asombra, desconcierta, asusta o incluso fascina, y de otro, suscita interrogantes respecto de si se están rompiendo las normas y desafiando los estereotipos de sexo/género, y si ello está, para bien o para mal, relacionado con el feminismo y con las luchas por la libertad e igualdad de las mujeres.

Ocuparse de la violencia de las mujeres, más allá del impacto mediático, exige abordar las nuevas/viejas construcciones de sexo/género, descartando el esencialismo y el supuesto acríticamente asumido de mujeres pacíficas/hombres violentos, que vincula mujeres con paz y hombres con guerra, mujeres protectoras y dadoras de vida, por las que los hombres hacen las guerras, al tiempo que deben protegerlas de y en ellas. Dicho de otro modo, la lucha por la libertad e igualdad de las mujeres, la lucha por la ciudadanía descansa sobre la base de que las mujeres son seres políticos, no naturales. En cuanto seres políticos, entonces, parece que va con ello también el tener responsabilidad, agencia, el poder portar armas y participar en los distintos escenarios de la violencia, en la guerra y en los grupos armados y terroristas en sus viejas/nuevas formas. Históricamente, las mujeres han estado implicadas, han participado en guerras, en revoluciones y movimientos de resistencia, y siguen haciéndolo, mas su participación se presenta como una extensión de su papel de madres, de defensa de la familia, de ausencia de hombres, en todo caso, una vez terminado el conflicto, volviendo a sus lugares y roles naturales. El punto importante es si su implicación y/o compromiso con la violencia radica en su capacidad de ser agentes, esto es, si su decisión es propia y sus motivaciones son políticas, o, por el contrario, si sus motivaciones son personales y privadas, entendiendo por ello que son derivadas de lo que socialmente significa ser una mujer, de su condición femenina.

Aunque, en todo el mundo, las mujeres siguen estando infrarrepresentadas en las posiciones de poder, se genera una retórica por la cual, dados los avances percibidos, lograr la igualdad entre los sexos parece que sólo es una cuestión de tiempo, si bien, irónicamente, en nombre de dicha igualdad se llega incluso a querer legitimar la guerra misma. Ciertamente, las mujeres se van haciendo más visibles en la política, las vemos también en las listas de criminales de guerra, terroristas, bombas-suicidas y genocidas. Desde el feminismo, a nivel teórico y práctico, mucho se ha hecho en relación con la ciudadanía, igualmente respecto de la violencia patriarcal. Sólo ahora, en estos últimos años, ante esta reciente «novedad» y «visibilidad» de la violencia perpetrada por mujeres, comienza a prestársele la debida atención, entre otros motivos, para calibrar hasta qué punto las relaciones de sexo/gé-

nero son más fluidas, más flexibles, pero no por ello más igualitarias<sup>6</sup>, para estudiar en qué medida los estereotipos y subordinaciones de sexo/género han cambiado de forma, son menos visibles pero siguen siendo una línea común en los discursos de la política global<sup>7</sup>. Desde esta perspectiva, las respuestas a las preguntas que se formulan en el título del epígrafe señalan el punto de arranque de la reflexión: matar, lo hizo una mujer, por motivos privados o políticos, con armas, como arma.

Adentrarse en el campo de la violencia en general, o mejor de las violencias, y en particular en el de la violencia política, del terror y el terrorismo, no resulta fácil, no sólo por las dificultades para conceptualizarla, definirla, para establecer una tipología. Introducir el sexo de las violencias, las construcciones culturales y las relaciones de sexo/género, añade, a este ya de por sí problemático campo, el esfuerzo por analizar y comprender una de las raíces más profundas de la violencia contemporánea. No resulta fácil, además, porque el centrarse sobre la violencia de las mujeres nos sitúa ante la dificultad —como, entre otros, señala Meyer a propósito de la llamada de atención de Arendt sobre el escaso interés en la violencia por parte de los teóricos sociales y políticos— «tanto ética como epistémica de conceptualizar y teorizar la violencia, sin justificarla, absolverla o condenarla»<sup>8</sup>. Dificultad, por supuesto, de encarar el terror, el horror, la «humanidad», la «condición humana». En todo caso, con las herramientas de la teoría crítica feminista, justo se va a intentar acometer esa dificultad, sin caer en reduccionismos, en esencialismos, en maniqueísmo, sin confundir verdugos y víctimas.

## 2. *Nombrando la(s) violencia(s)*

Más allá de que pertenece al campo de la(s) violencia(s), y al no menos complejo, a la larga historia, del terror<sup>9</sup>, poco acuerdo encontramos sobre qué es terrorismo, sus usos son cambiantes y las interpretaciones diversas, muy en particular a raíz de los atentados del 11/S y de la «war on terror». En el discurso político y en los medios de comunicación «terrorismo es hoy un vocablo tan omnipresente como vago y ambiguo, cuyo significado se da por descontado a fin de evitar una definición»<sup>10</sup>. Otro tanto ocurre en los discursos académicos, los estudiosos de las distintas áreas, aunque lo inten-

<sup>6</sup> Eisenstein, Z.: *Señuelos sexuales. Género, raza y guerra en la democracia imperial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2008, p. 63.

<sup>7</sup> Sjoberg, L. y Gentry, C. E.: *Mothers, Monsters, Whores. Women's Violence in Global Politics*, London/New York, Zed Books, 2007.

<sup>8</sup> Meyer, Arno J.: *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolution*, Princeton, Oxford, Princeton University Press, 2002, p. 73.

<sup>9</sup> *Ibid.*, cap. 4. Cavarero, A.: *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 2009, cap. XIV: Para una historia del terror, pp. 129-145.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 16.

tan, tampoco logran definiciones, clasificaciones o tipologías que generen consenso<sup>11</sup>. Y lo mismo puede decirse sobre la guerra, las nuevas guerras. Terrorismo y guerra son viejos conceptos, sin embargo, afirma Cavarero, ante la violencia contemporánea, son confusos y se hace necesario un nuevo léxico político, ella acuña un nuevo término «horrorismo», otros propondrán «hiperterrorismo», «infoterrorismo», «violencias de aterrorización»<sup>12</sup>, y aún podríamos continuar, tratando de conceptualizar, de definir, de nombrar la «novedad» del terrorismo/guerra del siglo XXI. Nada más lejos de mi intención que acrecentar el número de términos, definiciones o tipologías a propósito de la violencia de las mujeres, el objetivo es otro, a saber, introducir, prestar la debida atención, someter a escrutinio las conceptualizaciones y las denominaciones, ver si la incluyen o no y de que modo. No se trata de emprender disquisiciones terminológicas que, por lo demás, bien sabemos, sirven a diversos marcos conceptuales. El punto en cuestión aquí remite al poder de nombrar la violencia y a la conceptualización de la violencia perpetrada por las mujeres en relación con la violencia patriarcal, con los estereotipos de sexo/género.

No sin problemas y esfuerzos, el movimiento feminista ha puesto el foco en la violencia contra las mujeres, en su conceptualización y en la propia denominación: violencia patriarcal, sexista, machista, violencia doméstica, violencia familiar, violencia de género, feminicidio. En este debate, «El movimiento feminista ha resignificado el lenguaje del terrorismo al llamar a la eufemísticamente denominada “violencia doméstica” [...] “violencia sexista” “patriarcal” son mis expresiones preferidas o, al menos, “violencia de género”. Ha enseñado así a sumar lo que hasta hace poco no se sumaba, por tanto, no se conceptualizaba y, por lo mismo, no se politizaba»<sup>13</sup>. «Terrorismo familiar», «terrorismo sexual», «terrorismo de género» son resignificaciones que se van ensayando para nombrar la violencia masculina

<sup>11</sup> Baste citar aquí Ch. Tilly: «Terror, Terrorism, Terrorists», en donde, desde la perspectiva de los científicos sociales, arremetiendo contra la reificación, propone una «crude typology» y concluye que «terrorism is not a single causally coherent phenomenon», *Sociological Theory*, Vol. 22, n.º 1 (2004), p. 12. Alison M. Jaggar, en «What Is Terrorism, Why Is It Wrong, and Could It Ever Be Morally Permissible?», *Journal of Social Philosophy*, Vol. 36, n.º 2 (2005), señala, entre otros problemas que «The United Nations has long been unable to agree on workable criteria for terrorism —though it may now be moving to a new consensus— and even the various agencies of the U. S. government disagree with each other», p. 202. O desde los estudios etnográficos, Begoña Aretxaga, Zulaika, J. (ed.): *States of Terror. Begoña Aretxaga's Essays*, Reno, Nevada, Center for Basque Studies-University of Nevada, 2005, p. 172.

<sup>12</sup> Cfr. Heisbourg, F.: *Hiperterrorismo. La nueva guerra*, Madrid, Espasa, 2002; Echeverría, J. «Terrorismo en el tercer entorno», en Roldán, C.; Ausín, T. y Mate, R. (eds.): *Guerra y paz. En nombre de la política*, Madrid, elraptodeeuropa, 2004; Crettiez, X.: *Las formas de la violencia*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2009.

<sup>13</sup> Amorós, C.: *Mujeres e imaginarios de la globalización*, Rosario, Santa Fe, Homo Sapiens Ed, 2008, p. 116.

específica contra las mujeres<sup>14</sup>. O aún, la violación puede ser considerada una «institución terrorista»<sup>15</sup>, en tiempos de paz y en tiempos de guerra. En estos últimos también se producen resignificaciones e innovaciones, las violaciones de mujeres se convierten en «tácticas» sistemáticas, pasan a ser consideradas «crímenes de guerra», los cuerpos de las mujeres devienen armas de guerra.

En la polémica en torno a las denominaciones, que se concentra fundamentalmente en la violencia contra las mujeres, en gran medida en la violencia hombre-mujer, también, y en algunos casos no sin mala fe, se advierte que las mujeres también son agresoras y se plantea si encaja en ellas, si deberían contemplar la violencia perpetrada por mujeres. Aunque, con los datos disponibles, no son en absoluto comparables, lo relevante es que «la violencia de mujer a hombre no viene amparada por una ideología que apoya la dominación y el control de los hombres por parte de las mujeres»<sup>16</sup>. La violencia de las mujeres no es normativa y, por consiguiente, hay que entenderla mejor como una ruptura del modelo, como transgresora de los estereotipos y de la subordinación de sexo/género. Ahora bien, como veremos, el tratamiento dado a dicha violencia sí va a ser normalmente valorada siguiendo las pautas, los estereotipos de sexo/género, empleando para ello narrativas, mitos, imaginarios que dan cobertura, perpetúan la subordinación de las mujeres. Es decir, la violencia de las mujeres cae fuera de las normas y comprensiones ideal-típicas de lo que significa ser mujer y las narrativas en que se inscribe no vienen sino a reforzar la feminidad normativa. Desde esta perspectiva, importa advertir que merece atención el fenómeno de la hipervisibilización de la violencia de las mujeres, en contraste con la persistente tendencia a la invisibilización, con el silencio o la tolerancia, respecto de la violencia contra las mujeres. Por lo mismo hay que examinar críticamente la «novedad». Dicho de otro modo:

«Una época en la que la violencia golpea sobre todo, si no exclusivamente, a los inermes, no encuentra las palabras para decirlo y, confundiendo viejos conceptos, induce a la innovación lingüística. Una cierta novedad, comenzando por el sexo, concierne también por lo demás a los asesinos de hoy en día. En el pasado, existen pocas huellas de mujeres transformadas en bombas humanas y de torturadoras uniformadas. Esto no quita que una mujer, la temible Medusa, constituya desde siempre el rostro mítico del

---

<sup>14</sup> Cfr. Osborne, R.: *Apuntes sobre la violencia de género*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2009; Posada, L.: «Mujeres, violencia y crimen globalizado», en *Revista Centroamericana Justicia Penal y Sociedad*, Vols. 28 y 29, 2008/9, pp. 41-65.

<sup>15</sup> Card, C.: «Rape as terrorist institution», en Frey, R. G./ Morris, Ch. W.: *Violence, Terrorism, and Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp.: 296-319; y «Questions Regarding a War on Terrorism», en *Hypatia*, Vol. 8, n.º 1 (2003): 164-169, Forum on September 11, 2001: Feminist Perspectives on Terrorism.

<sup>16</sup> Osborne, *op. cit.*, p. 101.

horror. Y a su lado, icono de un crimen sobre el inerte que repugna todavía más, la infanticida Medea»<sup>17</sup>.

«Horrorismo» es, decíamos, el vocablo acuñado por Cavarero para dar cuenta de una violencia para la que no resultan adecuados los viejos conceptos de terrorismo y guerra. Aunque no resta importancia a la cuestión, que bien es cierto ocupa gran parte del debate, de combatientes legítimos y combatientes ilegítimos, juzga que dicha cuestión se desenvuelve en el terreno de una lógica interna, de una lógica político-militar de medios y fines, adoptando la perspectiva de los guerreros y buscando, en último término, la justificación de sus actos destructivos. Su desarrollo arranca, justo, de adoptar la perspectiva del «inerte» —que diluye la dicotomía de aquella lógica político-militar—, del reconocimiento de que es su vulnerabilidad la que debe ponerse en primer plano en los escenarios actuales de la masacre, en cuanto «específico paradigma epocal». Rastreando la etimología de terror, horror y guerra, pone de manifiesto, en primer lugar, que el terror refiere a la *física del miedo*, al miedo en cuanto estado físico, al cuerpo que tiembla y huye para sobrevivir, ante una violencia que busca matarlo. En este registro, el pánico colectivo es una figura esencial<sup>18</sup>. A pesar de que suele incluirse en la constelación del miedo y del terror, el horror tiene características propias y opuestas. Etimológicamente alude al «poner los pelos de punta», «poner la piel de gallina». El horror responde a las manifestaciones físicas del congelarse y a un estado de parálisis, concierne a la repugnancia. Medusa es la figura que lo encarna. La cabeza cortada de Medusa simboliza, representa la repugnancia y la «inmirabilidad» de la propia muerte, no obstante, subraya Cavarero, no se trata sólo de esto, más bien lo que repugna, lo que es «inmirable» es el desmembramiento, la desfiguración del cuerpo singular, pues «El ser humano, en cuanto ser encarnado, es aquí ofendido en la dignidad ontológica de su cuerpo y, más precisamente, cuerpo singular». La *física del horror* refiere a una violencia que no sólo busca matar sino sobre todo destruir la unicidad del cuerpo y ensañarse en su constitutiva vulnerabilidad: «Lo que está en juego no es el fin de una vida humana, sino la condición humana misma en cuanto encarnada en la singularidad de cuerpos vulnerables»<sup>19</sup>. La etimología en el caso de la guerra no conduce a mucho, lo cual no es óbice para que Cavarero analice la guerra como terreno abonado del horror. Partiendo de los guerreros homéricos, sostiene que en la guerra el terror es esencial, no es simplemente un arma estratégica y en él se encuentra anidado el horror: «Como núcleo de una violencia aún más profunda y al mismo tiempo excedente, sin embargo, es el horror el que sobre todo invade la escena bélica de la masacre»<sup>20</sup>. En su lectura de

---

<sup>17</sup> Cavarero, *op. cit.*, 17-18.

<sup>18</sup> Cfr. *Ibid.*, «Etimologías: terror o bien del sobrevivir», pp. 20-21.

<sup>19</sup> Cfr. *Ibid.*, «Etimologías: horror o bien del desmembramiento», pp. 24-25.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 29.



Homero, de la vulnerabilidad del guerrero, destaca la obra del horror, el desmembramiento, la desfiguración, que más allá de matar busca destruir el cuerpo singular. Y Medusa, la Gorgona, la más célebre máscara mítica del horror, está también en el centro de la égida que porta Atenea<sup>21</sup>, es el «núcleo primigenio de la violencia», aleja el horror de todo pretexto heroico, «devuelve a los guerreros su imagen más auténtica de su crimen ontológico. Y se trata de un rostro de mujer».

Conviene reparar en dos cuestiones importantes al hilo de los análisis y la visión de Cavarero. La primera, lleva al núcleo sobre el que descansa y se articula su argumentación, esto es: el crimen ontológico y la vulnerabilidad del inerte. Siguiendo la senda de Arendt, pero avanzando algo más, Cavarero desarrolla una ontología relacional, en la que el centro radica en la exposición unilateral, en la dependencia del infante, inerte y vulnerable. Su ontología de la vulnerabilidad, tiene en la relación madre-infante, su elemento esencial, en el «vulnus» y en la «cura», en la ambivalencia y en la inclinación maternal. Medea es aquí pertinente. La filósofa política establece una conexión entre vulnerabilidad y violencia, y no sólo entre vulnerabilidad y cuidado, una ambivalencia constitutiva, que se quiere desmarcar de una aproximación normativa y de una ética del cuidado y que, naturalmente, suscita su confrontación con otros enfoques sobre la vulnerabilidad, y en particular sobre lo maternal y el dar y quitar la vida<sup>22</sup>. La segunda, concierne al «horror», el análisis teórico de Cavarero conduce a una visión del terror en términos de lógica medios-fines que se distingue de forma clara del «terror total» de la violencia totalitaria. Auschwitz es paradigmático en el desplazamiento del terror al horror, y de ahí al desplazamiento del terrorista clásico al horrorista suicida. Sin poder demorarnos en su documentado y argumentado análisis, sí es necesario retener que en este desplazamiento el cuerpo del guerrero juega un papel fundamental pues ahora es desplazado por una tecnología destructiva descorporeizada, mientras que, en contraste, el horrorismo suicida está encarnado, los cuerpos son armas, y provoca escándalo, más aún «cuando la bomba tiene cuerpo de mujer».

Nuestro cuadro de reflexión va a traer a escena a las mujeres que perpetran violencia, dejando fuera de plano tanto la violencia desde la perspectiva del inerte, como la de la utilización de las víctimas<sup>23</sup>. Aunque nos sirven

---

<sup>21</sup> Rodeada de Fobo (el pánico), Eris (la Discordia), Alké (la fuerza defensiva) y el tremendo Ioké (la persecución). *Ibid.*, p. 31.

<sup>22</sup> Sería necesario un examen crítico en relación con otras visiones de la vulnerabilidad, en particular con la más conocida de J. Butler, o con la propuesta de Kelly Oliver, articulada en torno a la noción de «witnessing».

<sup>23</sup> Cabe asimismo contrastar la visión de Cavarero con la de Talal Asad, quien lleva a cabo una crítica de los argumentos liberales sobre la guerra y el terrorismo, defendiendo que el criterio fundamental es «la escala de la crueldad» y arremetiendo contra la utilización de las víctimas. En particular merece atención su visión del horror, no como motivo, sino como «estado del ser. A diferencia del terror, la ofensa o el deseo de venganza espontáneo, el horror

de trasfondo. Examinaremos dos casos de la violencia de las mujeres, uno en un contexto de terrorismo tradicional: la terrorista, y otro en el escenario horrorista: la mujer bomba-suicida, contemplan ambos como «violencia proscrita» y ciñéndonos a la narrativa de la madre<sup>24</sup>. Quedarán para otra ocasión las torturadoras, en particular las de Abu Ghraib, así como lo relativo a las mujeres soldado y a la militarización.

## II. *Con armas, como armas: de las madres y lo maternal*

La violencia perpetrada por las mujeres, decíamos, acapara la atención de los medios y se habla de un creciente incremento. Aunque las estadísticas son bastante escasas y recientes, reflejan que el número de mujeres es aún significativamente pequeño en comparación con los hombres<sup>25</sup>, sin embargo, su impacto es mayor, dándose una hipervisibilización mediática que, a su vez, suscita perplejidad y genera aparentes paradojas. Los datos y estudios, desde la perspectiva criminológica, constatan que el número de mujeres que matan, de asesinas u homicidas, es pequeño, en comparación con los hombres, a excepción de los casos de infanticidios; también indican que en el primer caso son juzgadas más severamente, y en el segundo en no pocas ocasiones se busca en cierto modo desculpabilizarlas, echando mano de atenuantes. Esta aparente paradoja da cuenta de la normatividad de sexo/género: las mujeres son menos agresivas y violentas, son más pacíficas, debido a factores varios, desde los físicos al sentido maternal. Antes que nada, las mujeres son dadoras y protectoras de la vida, no pueden quitarla, destruirla. Por lo mismo, cuando no responden a, cuando transgreden, dicha normatividad se transforman en seres mucho más peligrosos y temibles, mucho más crueles, y en objeto de fascinación y de fantasías masculinas, y de repugnancia y horror. En líneas generales, esta novedad va a poner sobre el tapete si las teorías sobre la violencia masculina son de aplicación también a las mujeres; si el feminismo tiene o no relación con dicho aumento de la violencia por parte de las mujeres, es decir, si la violencia de las mujeres es el resultado y/o contribuye a la emancipación femenina. Así surgen preguntas tales

---

no tiene un objeto. Es intransitivo». Siguiendo a Stanley Cavell, también diferencia entre miedo y horror, destacando que «el horror no se refiere tan sólo a la percepción de que *nuestra propia* identidad es precaria, sino a la de que también lo es la de otros seres humanos; y no sólo lo es la identidad de los individuos humanos, sino que también lo son las formas de vida humana», *Sobre el terrorismo suicida*, Barcelona, Laertes, 2008, p. 86. Cfr. J. Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós, 2010, pp. 208-224.

<sup>24</sup> Siguiendo a Sjoberg y Gentry, esto es, como aquella violencia que es denunciada, condenada o prohibida por las leyes de los Estados o entre los Estados, reconociendo que esta proscripción no la hace necesariamente «inaceptable» moralmente, señalan que la proscripción sí afecta a los discursos de los oficiales políticos y de los media sobre la violencia de las mujeres. *Op. cit.*, p. 11.

<sup>25</sup> Cfr. Robert A. Pape, *op. cit.*

que: ¿Son complementarias violencia y feminidad? ¿Son más violentas y crueles las mujeres que perpetran violencia política? ¿Rechazan los papeles femeninos y se masculinizan siguiendo las pautas de la vieja/nueva violencia de los hombres? Los estereotipos de sexo/género, la cultura y la imaginación patriarcal se nutren y alimentan del terror/horror femenino, Medusa y Medea son buenos exponentes.

«Medusa pertenece al género femenino. Es preciso resistirle la mirada, sin ceder a la tentación de mirar hacia otra parte: el horror, según el mito, tiene rostro de mujer. En este sentido, entre el monstruo horripilante y Ajza, la terrorista chechena de quien el padre recupera la cabeza, existe una semejanza que perturba. No es que las muestras actuales de la carnicería, y mucho menos las del pasado, guerreros homéricos incluidos, sean en su mayoría mujeres. Mejor dicho, como sucede en todos los teatros de la violencia hasta ahora conocidos, los hombres continúan siendo los protagonistas indiscutibles. Cuando una mujer se presenta en la trampa del horror, la escena se hace más oscura y, aunque más desconcertante, paradójicamente más familiar. Aumenta la repugnancia y se potencia el efecto. Como si el horror, como ya sabía el mito, tuviese necesidad de lo femenino para revelar su auténtica raíz»<sup>26</sup>.

En efecto, cuando una mujer aparece en la trampa del terror/horror todo resulta más desconcertante: ¿cómo una mujer ha sido capaz de hacerlo? ¿Por qué lo hizo?, las respuestas en buena medida, veremos, nos llevan y discurren, paradójicamente, por derroteros de lo ya sabido y conocido, refieren a la aparente paradoja de que siendo las mujeres pacíficas se tornen mucho más terribles y peligrosas. El punto en cuestión es: ¿la violencia de las mujeres, el terrorismo/horrorismo femenino desafía, rompe, desestabiliza la feminidad normativa, la normatividad de sexo/género, el estereotipo de mujer sumisa y víctima vulnerable?

### 1. *Anomalías: reforzando/desestabilizando imaginarios, mitos, estereotipos*

Volvamos brevemente a los monstruos y, una vez más, al tema de la normalidad. Eileen MacDonald en *Shoot the Women First* (1992)<sup>27</sup>, relata cómo decide afrontar una indagación sobre la imagen monstruosa de las mujeres terroristas, para lo que va a realizar una serie de entrevistas a mujeres comprometidas en distintos grupos terroristas. Significativamente indica que cuando se sentaba a hablar con ellas «no se le erizaban los pelos», y, por más que algunas en algún momento la llegaron a asustar, sin embargo, ni se comportaban como monstruos, ni estaban locas, sino que «la mayoría era perturba-

---

<sup>26</sup> Cavarero, *op. cit.*, p. 33.

<sup>27</sup> MacDonald, E., New York, Random House. *Matem as mulheres primeiro*, Traducción portuguesa de Pedro Serras Pereira, Lisboa, Fenda Edições, 2000, por la que citamos aquí.

doramente normal»<sup>28</sup>. MacDonald sostiene que catalogarlas como monstruos es más fácil y resulta más cómodo que esforzarse en abordar y comprender por qué las mujeres se vuelven violentas, y así, como veíamos antes, acreditar que nada tienen que ver con nosotros<sup>29</sup>, al mismo tiempo que pone de relieve la tendencia a resistirse a admitir la posibilidad de que las mujeres puedan tener motivaciones políticas.

El expresivo título *Maten a las mujeres primero* alude a una advertencia o consejo: «El primer objetivo son las mujeres», que había oído —aunque no llegó a confirmarlo— circulaba en los circuitos antiterroristas de Alemania Federal, sin embargo sí constató que algunas fuentes consultadas juzgaban que era un buen consejo. Vemos así como pervive la idea de que las mujeres que perpetran violencia son más peligrosas y más crueles. Su investigación le lleva a hacer un seguimiento en los medios, constatando que casi siempre se las trata en términos de «horror y ultraje». Más en concreto, en la prensa popular se incide en la sexualidad, presentándolas como lesbianas, o sugiriendo que son demasiado feas y asesinan para llamar la atención, o bellas e ingenuas que caen en las redes terroristas dejándose seducir por el atractivo sexual de los hombres; otras veces como «feministas enloquecidas». De cualquier manera, todas las opciones van en la dirección de provocar incredulidad y horror —una mujer no puede ser capaz de hacer una cosa así— y, por tanto, reforzando la idea de que no son mujeres «como deben ser». A ello se añade que, en tanto tontas seducidas o monstruos, en ningún caso ellas por sí mismas hubiesen optado por la violencia. Las mujeres que perpetran violencia cometen una doble atrocidad: «usar la violencia y al hacerlo, destruir nuestra visión tradicional y segura de las mujeres»<sup>30</sup>. De ahí se sigue que sean «antinaturales» y, en consecuencia, más implacables, crueles, en definitiva más peligrosas.

Laura Sjoberg y Caron E. Gentry vienen a corroborar que la narrativa de los monstruos es una de las que se despliegan sobre la violencia política de las mujeres, junto con otras dos: la de las madres y la de las putas, narrativas que operan en la política global y que perpetúan la subordinación de sexo/género, la dicotomía buenas/malas mujeres<sup>31</sup>. Desde la teoría crítica feminista y las relaciones internacionales, estas autoras —al igual que MacDonald en su investigación con entrevistas a mujeres terroristas, fuentes policiales y

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>29</sup> MacDonald, en términos similares a R. A. Pape, lo expresa así: «Poder-se-ia reconhecer-las a uma milla de distância e tomar as devidas precauções. Bem mais assustador, porém, é apercebermo-nos, como me aconteceu a mim, que estes “monstros” são, na maior parte dos casos, muito mais parecidos com o vizinho do lado ou com a senhora atrás de nós na fila da recepção do hotel. Se eles não forem manifestamente loucos, maus e peludos, se não tiverem olhos injectados de sangue e un especial prazer em conversar sobre crimes, então, torna-se mais difícil compreender as suas verdadeiras motivações.» *Ibid.*, pp. 14-5.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>31</sup> Sjoberg/Gentry, *op. cit.*

especialistas anti-terroristas, y en los medios—, llaman la atención y cuestionan que con frecuencia se describa la violencia de las mujeres de forma separada y distinta de la violencia de los hombres, siguiendo las tres narrativas antes citadas. La narrativa del monstruo explica la violencia de las mujeres como una falla biológica que rompe su feminidad. Son catalogadas como «malas», «locas», pues, dada su naturaleza protectora, no pueden matar, son así caracterizadas como monstruos inhumanos y, por tanto, en esta narrativa «no son responsables de sus acciones porque hay algo malo con su condición de mujeres. Los monstruos son patológicos a causa de o bien su enfermedad o de su auto-negación de su condición de mujeres»<sup>32</sup>. Cabe hacer una lectura ahora de que la catalogación de Breivik como monstruo es distinta, se «viste de macho», su inhumanidad, su violencia, no refiere a su condición masculina, aunque lleva esa vestimenta al pensamiento político, una vez despojado de la máscara, queda fuera de la política, como las mujeres, pero a diferencia de ellas, el monstruo y su inhumanidad se dessexualiza, no se establece relación alguna con su condición masculina ni con la violencia de los hombres.

Junto con una caracterización que difiere de la masculina, las autoras citadas corroboran que las «explicaciones» suelen ir acompañadas de la idea de que la violencia de las mujeres es más mortal y más amenazante. Son inhumanas porque las mujeres, como mujeres, no cometen violencia. Acuden a las raíces históricas de esta narrativa, destacando el mito griego de las Gorgonas, de Medusa, así como a la celta Boudica que se enfrenta a los romanos, y también inciden en que hay ejemplos contemporáneos que muestran que dicha narrativa se perpetúa.

Sjobeg y Gentry sostienen que las mujeres comprometidas en la violencia son descritas como las modernas Medeas. Aquí lo que entra en escena es la maternidad, mejor, la madre infanticida. Figura femenina del horror que, como señalaba Cavarero, en el imaginario patriarcal acompaña y completa a Medusa. Desde la perspectiva de Sjobeg y Gentry, remite a la narrativa de la madre, que, como la de los monstruos, es persistente en la historia y en la cultura, culpando a las mujeres de «su intenso y desesperado vínculo con la maternidad» para dar cuenta de su violencia. Incluso hoy, afirman, los medios atribuyen con frecuencia la violencia de las mujeres a la venganza por decepciones maternas y domésticas. Su violencia política no se considera impulsada por la ideología o la creencia en una causa, sino como «una perversión del ámbito privado», es decir, en relación con el papel de madre o esposa. En esta narrativa lo que destaca es que se centra en supuestos y argumentos biológicamente deterministas; en las historias sobre las mujeres violentas es la maternidad lo que las define, es decir, su incapacidad, o su fracaso en ser madres: la deshumanización o la «dewomanizing» es lo

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 36-37.

que impulsa a una mujer a la violencia. Destacan dos variantes en esta narrativa, la que denominan «the nurturing mother», que se aplica a las mujeres que actúan como soporte o apoyo, y «the vengeful mother», que actúan por venganza. La terrorista que responde a la primera variante no es tan amenazante como la segunda. Aunque sea una terrorista, una revolucionaria, una genocida o una criminal, sostienen, «no tiene que preocuparse demasiado por su violencia personal. Es la terrorista “domesticada” (“domesticated”). Su deseo instintivo de ser maternal se considera como suficiente motivación para implicarse en la violencia política»<sup>33</sup>. Responde, entonces, al papel socialmente aceptable de madre, y limita la implicación de la terrorista a escenarios de apoyo, de trabajo de casa, por lo que no desafía las normas occidentales de feminidad. Ser madres de hombres violentos, subrayan las autoras, o, digamos, hacer de madres, al menos es ser madres.

La «nurturing mother» es la narrativa que prevalece en el ámbito de los estudios de terrorismo, según las autoras, en donde las mujeres son clasificadas como madres o amas de casa siguiendo el «código del auto-sacrificio maternal». La implicación en la violencia por parte de las mujeres, entonces, emana de un deseo maternal de «pertenecer y ser útil a la organización». Se incide en el papel maternal y servicial que juzgan es el que tienen las terroristas en sus organizaciones, esto es «la terrorista como ama de casa»<sup>34</sup>. Si bien otros cuestionan esta narrativa poniendo el énfasis en que hay una fuerte correlación entre la entrada de las mujeres en la organización terrorista y su previa implicación por mantener una relación con un hombre. La «vengeful mother» es, indican, aún maternal pero «peligrosamente perturbada», su venganza surge de la rabia por sus pérdidas maternas, por sus inadecuaciones o incredulidad. Su decisión no es calculada sino revancha impulsada emocionalmente. Esta es la narrativa más recurrente en el caso de las bombas suicidas, en particular las palestinas y chechenas. No poder casarse, no poder tener hijos, la muerte de sus maridos las llevan a la violencia como venganza. En este caso podemos ver cómo se refuerza la imagen de las mujeres como emocionales e irracionales. Sus acciones no responden a ninguna especie de violencia racional y estratégica.

Una vez más el punto en cuestión aquí es por qué hay que explicar la violencia de las mujeres por su incapacidad de dar a luz o por categorías, digamos, de filiación (esposas, madres, hijas, hermanas) y no de afiliación, por qué referirla a motivos o explicarla en términos, personales y no políticos. En todo caso, la narrativa de la madre nos lleva a analizar la relación entre la maternidad, el ser madres y la violencia, a examinar la vinculación entre la violencia contra las mujeres y la violencia de las mujeres, lo pa-

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 32-33.

<sup>34</sup> En este sentido es pertinente el personaje de Alice en *La buena terrorista* de Doris Lessing.

radóticamente familiar. Desde esta perspectiva es importante también estudiar el papel y las representaciones de las mujeres en el seno de las organizaciones terroristas/horroristas. Nos centraremos en esta cuestión, dejando para otra ocasión profundizar en la narrativa de los monstruos o detenernos en la narrativa de las putas y la sexualización y fascinación que provocan las mujeres violentas. Si bien, como señalan Sjoberg y Gentry, hay que tener en cuenta que muchas veces las tres narrativas se encuentran entremezcladas<sup>35</sup>.

## 2. *Heroína, traidora, madre: la muerte de Yoyes*

En el libro de MacDonald hay un capítulo dedicado a las mujeres de ETA, importa advertir que no se refiere en ningún momento, ni pregunta a sus entrevistadas por María Dolores González Katarain, Yoyes, lo cual no deja de llamar la atención por cuanto fue, tras la división de ETA en 1974, la única mujer que tuvo un alto grado de responsabilidades en ETA(m), con la que se alinea tras la escisión, y que genera en torno a ella una aureola de heroína. Tampoco hay mención alguna a su asesinato, siendo la primera (y única) mujer asesinada, en 1986, por traidora. Bien es verdad que lo que sí deja traslucir con claridad en general es la persistencia de las relaciones patriarcales en las organizaciones terroristas, en esto ETA no es un caso aparte, y su reluctancia a incorporar el feminismo, a reconocer a las mujeres no «como mujeres», viendo a aquellas que no encajan en el molde maternal, en el de la «terrorista domesticada», como excepciones que, a fuerza de despojarse, de «desvestirse» podríamos decir, pierden, renuncian a su feminidad, a su condición de mujeres, se masculinizan o «hipermasculinizan» para ser iguales que los hombres, reforzando, de nuevo la paradoja, los estereotipos y las relaciones de subordinación de género. En el diario póstumo *Yoyes Desde su ventana* (2009), podemos aproximarnos, desde una narrativa en primera persona, a los avatares de este conflicto entre violencia y feminidad, desde una posición, la suya, que se declara feminista, y en el seno de la organización.

Como es conocido, el 10 de septiembre de 1986, durante las fiestas de Ordizia, su pueblo, en la calle y en presencia de su hijo de tres años, un comando de ETA militar asesina a Yoyes, causando una enorme conmoción e impacto, incluso incredulidad, aunque la organización lo reivindicó en un comunicado, en el que la acusaba de haber traicionado al Pueblo Vasco y de haberse traicionado a sí misma. De heroína había pasado a traidora hasta de sí misma, y de ahí a ser ejecutada, no obstante habrá que examinar estas transiciones para ver si explican, y en ningún caso justifican, su asesinato.

---

<sup>35</sup> MacDonald también se refiere a la fascinación del terrorista y de la terrorista, *op. cit.*, pp. 21-22.

Tras incorporarse a ETA en 1971, en 1974 se produce una escisión y ella se alinea con la rama militar. Tras la muerte de «Argala», miembro de la cúpula, en diciembre de 1978, Yoyes acepta ocupar su puesto, para tan sólo un mes después renunciar, en enero de 1979. A partir de entonces cada vez más se distancia de la organización en desacuerdo con su deriva militarista, finalmente en diciembre de ese mismo año escapa a México, tras convenir con ETA(m) en guardar en secreto su decisión de abandonarla, una vez que se lo comunica. En México permanecerá, con algún intento frustrado de estudiar y vivir en París, hasta su regreso al País Vasco en 1985. Sin demorarnos en el relato de los acontecimientos, es pertinente retener: que en 1977 se decreta una amnistía política general, que incluía a Yoyes, no había constancia de sus actividades con posterioridad a esa fecha, lo cual le permitía pensar en su regreso por no tener asuntos pendientes; que Yoyes no se había acogido a la política de reinserción del Gobierno Español, cosa que sí habían hecho cerca de trescientos ex militantes arrepentidos, en su mayoría integrados en Euskadiko Esquerra; que nunca hizo público su abandono, que en 1982 decide ser madre; que estando en México, su nombre apareció varias veces en los medios de comunicación, citando fuentes oficiales que la situaban en la cúpula, en la dirección de la organización.

En «La muerte de Yoyes: discursos culturales de género y política en el País Vasco», la antropóloga Begoña Aretxaga, estudiosa del nacionalismo radical vasco, busca comprender un «asesinato político poco usual», pues «Por primera vez en la historia del nacionalismo vasco, se acusaba y ejecutaba a una mujer por traición»<sup>36</sup>. No es fácil, sostiene, saber por qué fue asesinada, no obstante se pregunta «¿cómo es que esta muerte pudo tener lugar?», y para ello examina las construcciones culturales, en particular las de género, y su imbricación con las acciones políticas y personales en un contexto histórico concreto, esto es, la vida socio-política del País Vasco.

Según Aretxaga, en 1985, cuando Yoyes regresa al País Vasco la polémica sobre la reinserción se había calmado, por otra parte, tampoco era la primera en ser acusada de traición o de colaboración, de ahí que su asesinato fuese «realmente sobrecogedor» y sin sentido:

«Después de más de trescientos “traidores”, ¿qué ventaja política se obtenía por asesinar a ésta? Mas que en ningún otro momento, la confusión entre los nacionalistas radicales vascos era completa, tanto que mucha gente creyó, antes de que el atentado fuera reivindicado por ETA(m), que era obra de grupos fascistas de derecha. [...] Hay quien vio en la muerte de Yoyes un aviso, una amenaza contra la posibilidad de “arrepentimientos” posteriores. Por acertada que parezca, esta explicación no resuelve el puzzle. ¿Por qué se eligió como víctima para este aviso a Yoyes, retirada de la actividad política desde hacía más de seis años? ¿Por qué no se escogió a

<sup>36</sup> Escrito en 1988, fue recopilado en el libro póstumo *States of Terror. Begoña Aretxaga's Essays, op. cit.* y se recoge como Prólogo en *Yoyes Desde su ventana*, p. 8.



ningún otro de los arrepentidos? ¿Por qué se tenía que llevar a cabo el asesinato en ese preciso momento, y no años atrás, cuando el tema de la reinserción estaba en su punto álgido? En resumen, ¿fue la “traición” de Yoyes peor que la de otros ex militantes? ¿Y de ser así, por qué?»<sup>37</sup>.

Para Aretxaga, la muerte de Yoyes es un suceso que se convierte en «excepcional y paradigmático», con visos de una tragedia clásica. Tras relatar la historia política de Yoyes con detenimiento —indicando que su descubrimiento de la identidad vasca no se produjo en sus relaciones familiares cercanas— desde sus primeros pasos políticos hasta su militancia en ETA, su incorporación a la dirección, sus disensiones y posterior abandono de ETA(m), su compromiso de no hacer público dicho abandono, su marcha a México, y apuntando la imagen mítica que se había creado de ella en círculos nacionalistas. Hace especial hincapié en que en 1982 tiene un hijo, lo que parece, afirma, «haber representado un giro claro e irreversible en su vida, la prueba de su ruptura con sus antiguas actividades políticas»<sup>38</sup>. Su regreso en 1985 al País Vasco fue interpretado «como un enorme espaldarazo moral a las políticas represivas del Gobierno español [...] Aparecieron acusaciones de traición pintadas en las paredes de la ciudad natal de Yoyes, donde años antes se la había retratado como una heroína»<sup>39</sup>.

Luego presenta el contexto político desde la perspectiva de ETA(m): incidiendo en que se encontraba en una situación organizativa y política muy crítica en el momento en que regresa Yoyes, en que la organización venía recurriendo a un discurso cada vez más mitologizado y a actividades ritualizadas, como los funerales, para lograr afianzar el apoyo popular. En este contexto parece que toma cuerpo la idea de que la vuelta de Yoyes suponía una amenaza, sembraba dudas y minaba la cohesión entre simpatizantes y militantes, por eso la mataría. Dicho de otro modo, fue ejecutada porque su decisión de abandonar ETA perjudicaba a la organización<sup>40</sup>. De acuerdo con Aretxaga, sin embargo, falta aún explicar «por qué se consideraba a Yoyes más peligrosa que a los muchos militantes de ETA(pm) que habían regresado antes que ella —en realidad, queda por explicar incluso por qué se la percibía como una amenaza—»<sup>41</sup>.

Partiendo de un contexto amplio en el que se imbrican el ámbito personal e histórico-político y las construcciones culturales, en particular las relaciones de sexo/género, este suministra los elementos para una lectura articulada, para una respuesta posible a la pregunta inicial de cómo pudo tener

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>40</sup> Un desarrollo de esta explicación, haciendo hincapié en que el abandono de Yoyes perjudicaba a ETA en tres frentes, véase en Pedro Ibarra: «Yoyes: Ética y política», en *Mientras Tanto*, n.º 29 (1987): 69-76.

<sup>41</sup> «La muerte de Yoyes», *op. cit.*, 24.

lugar esta muerte. Aretxaga había estudiado con anterioridad las funciones rituales femeninas, el papel de las mujeres en los funerales del nacionalismo radical vasco, tanto como actos políticos, como en el terreno de la representación cultural. En los rituales funerarios de la cultura tradicional vasca, como muestra en su estudio, la mujer tiene la función de expresar la continuidad de la casa, desempeña el papel de mediadora. En el ritual funerario nacionalista, que articula la figura del héroe mártir, frente a la imagen de terrorista, como en la sociedad tradicional, es la mujer, igualmente, la que materializa la idea de continuidad y de mediación, el elemento purificador e integrador. Este modelo heroico se inscribe en el marco de las relaciones simbólicas familiares, el héroe mártir es hijo de *amaberria* o *aberria*, la madre patria vasca. En el ritual se concatenan una serie de asociaciones simbólicas entre la madre y la madre patria. Ante la ambigüedad del militante muerto, la madre aparece limpia de toda sospecha: «Como dadora de vida su asociación con la muerte es de diferente orden lógico que la del hijo. Ella no mata, por el contrario, asume la muerte, la vida de la que en un momento fue portadora. Al asumir el dolor de la muerte del “hijo del pueblo” asume el dolor de todo el pueblo. La figura entonces trasciende lo individual y el propio dolor se convierte en el elemento purificador por excelencia»<sup>42</sup>. Al buscar explicación de la muerte de Yoyes, acude a los sentidos culturales, al modelo heroico del nacionalismo radical construido sobre la idea de la muerte redentora y extraída de la Iglesia católica, que funciona con el paralelismo muerte de Jesucristo por la salvación de la humanidad/muerte del militante por la libertad de Euskadi. Es importante advertir que, más o menos un mes después de su muerte, se celebra el funeral-homenaje a Yoyes en Ordizia, «irónicamente», señala Aretxaga, se llevó a cabo siguiendo pautas similares a aquellos. Sin embargo, si en el caso de los militantes de ETA, se contrarrestaba la imagen de terrorista con la del héroe mártir, en el de Yoyes, la imagen de mártir se contraponía a la de traidora. Ahora bien:

«Heroína, traidora, mártir: Yoyes era todo lo que una mujer no podía ser desde las premisas culturales arraigadas en la práctica del nacionalismo. Además, Yoyes era madre. En el contexto nacionalista, los modelos de heroína, traidora o mártir y el modelo de madre eran mutuamente excluyentes. Creo que es precisamente la síntesis de estos modelos en la persona de Yoyes lo que hizo su “traición” mucho más intolerable que la de otros y otras ex militantes. Los modelos e imágenes culturales que impregnaban la actividad del nacionalismo radical vasco se delineaban inequívocamente en sus funerales homenaje»<sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> Aretxaga, B.: *Los funerales en el nacionalismo radical vasco. Ensayo antropológico*, La Primitiva Casa Baroja, 1988, p. 97.

<sup>43</sup> «La muerte de Yoyes», art. cit., p. 25.

Resulta sumamente esclarecedor su análisis del símbolo de la madre tanto para proyectar y conceptualizar la memoria histórica, como para expresar la continuidad interna y externa en el ritual político, la continuidad generacional y la mediación entre el hijo (héroe mártir) y el público: «La madre no solamente hace posible la identificación del público con el militante muerto, sino que también dota a esa identificación de una gran fuerza emocional, transformando un suceso perturbador —la muerte de un militante— en otro políticamente integrador»<sup>44</sup>. Madre simbólica, madre real; ritual tradicional, ritual político, forman parte de una articulación del modelo heroico —y el decisivo papel que en él juegan las madres reales y simbólicas— que Aretxaga desgrana con una enorme claridad y precisión, haciendo de las relaciones de género una clave imprescindible para su comprensión y, en consecuencia, para dar cuenta de la importancia de estos modelos culturales en la explicación de la muerte de Yoyes.

Es preciso hacer un breve excursus. Hay que notar que, como ya había indicado en su libro, en el ritual funerario, la figura del padre es «simbólicamente irrelevante», una ausencia significativa, que requiere, afirma, de un estudio más profundo. Cabe avanzar aquí una conexión con los análisis de Cavarero en torno a la inclinación maternal al cuidado del infante y la imagen de la Virgen María, así como la de Medea y la madre asesina. En este contexto, y sin perder de vista que la filósofa política se mueve en el plano de la ontología y no de los estudios etnográficos, hace una lectura de un cuadro de Leonardo da Vinci, que está en el Museo del Louvre, *Sant'Anna, la Madonna e il bambino con l'agnello*, y que trae a colación a propósito de la cuestión de la interdependencia o de la primacía ontológica de la dependencia unilateral, de la ambivalencia maternal, del estereotipo de inclinación maternal, del gesto del cuidado, de la mujer/madre oblativa y la vulnerabilidad del infante, sin entrar ahora en ello, sí es significativo que afirme que en esta pintura, que confía en «la continuidad pero no en la horizontalidad», sólo vemos una porción de las series, de las cuales Jesús representa genealógicamente el fin. Y señala que es notoria la ausencia de José en la versión de Leonardo de la Sagrada Familia, es el destinado al *vulnus* el que «vuelve su mirada a la teoría de las madres oblicuas de quien depende»<sup>45</sup>. Así pues, la continuidad (la serie de madres oblicuas), no la horizontalidad, en el cuadro, como en los rituales siguiendo a Aretxaga, la garantiza la madre, inscrita en un nivel diferente y superior. La horizontalidad, la ausencia de jerarquía, se deja ver en el ritual en las identificaciones en torno al hijo-hermano<sup>46</sup>. Aunque Aretxaga no avanza ninguna hipótesis o explicación, vemos que encaja, siguiendo a Cavarero, con la ética del héroe redentor.

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>45</sup> Cavarero, A.: «Inclining the subject. Ethics, alterity and natality», en Attridge, D. y Elliott, J.: *Theory After Theory*, London, New York, Routledge, 2011, pp. 194-195.

<sup>46</sup> *Los funerales*, *op. cit.*, pp. 74- 75.

La ética del héroe redentor, el modelo del héroe mártir —se comprende ahora y volviendo a Aretxaga—, en los lenguajes simbólicos de la religión y el parentesco afectan directamente a las mujeres en la medida en que no pueden identificarse con él, dado que el héroe mártir es hijo y hermano. Quiere esto decir que la mujer militante sólo podrá identificarse con este modelo «negándose a sí misma como mujer». Que existan mujeres reales, subraya, activistas realizando acciones culturalmente definidas como masculinas «no hace que el modelo de héroe mártir sea menos masculino. De hecho, estas mujeres son reconocidas como válidas política y militarmente a costa de no ser mujeres: en lugar de ello se convierten en “excepciones” y, en consecuencia, son percibidas como masculinas. O, la otra alternativa, aceptar el papel de mediadoras y lo que ello implica: «que las mujeres organicen su vida en base a las necesidades de otros»<sup>47</sup>. En este sentido, se afirma, «Yoyes era una anomalía» en el mundo nacionalista radical, teniendo en cuenta el papel político que asumió y las imágenes que se proyectaron sobre ella: «Yoyes fue tratada como heroína y como traidora, pero era madre al mismo tiempo. Una madre, por definición, no puede ser una heroína o una traidora en el contexto cultural del nacionalismo radical, está más allá de esas categorías. Yoyes derribaba las diferenciaciones de género en un momento en que ETA(m) las necesitaba más firmes que nunca.» Aretxaga destaca cómo Yoyes es consciente, y así lo manifiesta ella misma en su diario, de estos conflictos inherentes al ser mujer en una organización masculina, y cómo convertirse en madre estaba en contradicción con su imagen heroica, pues «tener un hijo no era una mediación de continuidad política, sino llevar a cabo una ruptura irreversible con sus anteriores compañeros nacionalistas». Ruptura que, sin embargo, no se expresaba en términos de incorporación, como otros ex militantes arrepentidos, a una organización política, sino que respondía a un empeño por su independencia, con lo que, además de romper con las diferenciaciones de género, también desestabilizaba las líneas de demarcación política y «las polarizadas distinciones políticas que eran tan esenciales para la lucha de ETA(m)»<sup>48</sup>. La conclusión es clara:

«Irónicamente, precisamente porque Yoyes no se comportó como una arrepentida y una traidora, sino que vivió “con normalidad” en el País Vasco, su presencia contradecía el discurso de continuidad histórica de ETA(m) y generaba, desde el punto de vista de la organización una ambigüedad intolerable. Como mujer, Yoyes podía haber sido una excepción política, pero entonces no podía ser una disidente y mucho menos una inclasificable. En el contexto nacionalista en el que las mujeres tienen que jugar papeles de apoyo incondicional y mediación, una mujer disidente es más intolerable de lo que sería un hombre. La “traición” de Yoyes era en ese sentido una falta mayor que la de otros, ya que, desde el punto de vista radical, se le

---

<sup>47</sup> «La muerte de Yoyes», *op. cit.*, pp. 29-30.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 31.

había permitido ser lo que no le correspondía. Los pasos que teóricamente la separaban de otros “traidores” y “arrepentidos” se volvieron, en la práctica, contra ella, haciendo posible su asesinato»<sup>49</sup>.

### 3. *Mujeres de muertos: heroínas, mártires y bombas suicidas*

Morir para matar, el terrorismo/horrorismo suicida también inscribe sus actos en la lógica y legitimidad del martirio, de los héroes mártires, particularmente en los de matriz islámica. A estas alturas mucho se ha escrito sobre su especificidad, diferenciándolo de otras formas históricas como los Zelotes o los kamikazes, sobre su justificación religiosa, así como sobre la participación de mujeres. Es imposible dar cuenta aquí de todos los contextos y matices, por lo que, a partir del escándalo que provocan los suicidas-homicidas, me detendré sólo en las mujeres bomba chechenas que, en general, ni van a ser vistas como heroínas ni como mártires sino como «vengadoras». De nuevo pasa a primer plano su condición de mujeres, ahora como «mujeres de muertos»<sup>50</sup>, es decir, como viudas, muertas socialmente y, por tanto, siguiendo los dictados social y culturalmente asignados. Si en la ética del héroe mártir de matriz católica la Virgen María era la figura relevante, ahora, sin olvidar a Medusa, es Medea la que viene reactualizada.

El horrorismo suicida, como se indicó, provoca escándalo y, de acuerdo con Cavarero, lo que debería verse como anómalo es la masacre de los inermes, por lo contrario, la anomalía se va a situar en el acto suicida: «En detrimento de una masacre de inocentes que comienza a parecer “normal”, prima el escándalo por la aberrante voluntad nulificadora de quien lo lleva a cabo»<sup>51</sup>. Partiendo de ello, otro elemento importante que entra en juego en su análisis, referido también más arriba, es la transformación que, a su juicio, se produce en el teatro de la guerra, a saber, la salida de escena del cuerpo del guerrero, convirtiendo la guerra en una cuestión, no de cuerpos, sino de una alta tecnología que hace posible matar sin ser matado. La guerra del Golfo de 1991 marca el punto de inflexión. El horrorismo suicida, justo, provoca escándalo porque estamos ante un cuerpo que se mata para matar. —Es pertinente un breve inciso para poner de relieve que sí se puede constatar un amplio acuerdo respecto de que lo que realmente se persigue utili-

---

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>50</sup> «Mujeres de muertos» lo tomo del estudio sobre las viudas en la sociedad tradicional gallega, del antropólogo Marcial Gondar: *Mulleres de mortos. Cara a unha antropoloxía da muller galega*, Vigo, Edicións Xerais, 1991. En donde se analiza el trabajo simbólico de las mujeres, quienes son las encargadas culturalmente del duelo y símbolo del cumplimiento de las normas. Su estudio de las viudas muestra esta función simbólica a través del duelo, el luto y todos aquellos mecanismos que operan y las convierten en mujeres de muertos y a ellas en muertas socialmente, quienes a raíz de la pérdida del marido van a sentir que no hay razón alguna para seguir viviendo, apareciendo el deseo de morir.

<sup>51</sup> Cavarero, *op. cit.*, p. 151.

zando el cuerpo como arma es alcanzar un gran impacto mediático, y se logra, más y mayor si quien explota, si la bomba es una mujer—. Además, la expulsión del cuerpo del guerrero en aras de la alta tecnología, contrasta con el hecho de que pase a primer plano «el mero cuerpo como materia destructiva», eclipsando la tecnología, incluso la más tradicional y artesanal<sup>52</sup>.

A pesar del diverso y complejo ámbito del horrorismo suicida en general, es decir, de los distintos contextos políticos, laicos y religiosos, y geográficos, de los diversos conflictos y guerras, en lo relativo al fenómeno de las mujeres bombas suicidas hay que decir que uno aparece, como bien indica Cavarero, como más desconcertante: el caso de las mujeres chechenas, mujeres vestidas de negro con explosivos en sus cinturones, las denominadas «viudas negras», la razón la encontramos en que el horrorismo checheno «reserva este acto extremo sólo a las mujeres»<sup>53</sup>. Es necesario, entonces, reparar en el por qué de tal exclusiva reserva. Pero antes, y para ello, veamos qué se recoge en la prensa a raíz de un atentado producido en marzo de 2010 en el metro de Moscú.

«Las “viudas negras”, la nueva arma de los terroristas.

Las mujeres protagonizan la mitad de los atentados en Rusia en 2002.

Las mujeres se han convertido en la otra cara del terror. Son las viudas negras de Chechenia: esposas, hermanas o hijas de los caídos en los enfrentamientos de 1994 y 2000. La participación femenina en atentados suicidas atribuidos a la insurgencia del Cáucaso Norte ya no es una tendencia. En la última década, cerca del 40% de los ataques han sido obra de féminas.

[...] Desde 2000, la guerrilla ha convertido a las chechenas en un arma. El informe sobre mujeres suicidas de Pedro Baños, profesor del Centro Superior de Estudios de la Defensa, recoge que para las mujeres es más fácil pasar desapercibidas, levantan menos sospechas y no les impulsa una idea, sino el desamparo y la venganza. Tanto la propaganda rusa como la chechena han utilizado ambos argumentos, atribuyendo a las suicidas un fanatismo radical o una absoluta desesperación. Solas, no tienen nada que perder. [...]»<sup>54</sup>.

«“Viudas negras”, el arma eficaz del terrorismo.

Ya lo advirtieron hace casi una década, las mujeres se convertirían en la nueva brigada de la muerte del terrorismo más sangriento. Fue el terrorista Shamil Basayev, ya fallecido, el que puso el ojo en esta nueva arma eficaz [...] Son la mejor arma de la rebelión chechena en contra del dominio ruso.

Pero, ¿quiénes son estas mujeres?, ¿de dónde surgen?, ¿cómo llegan a convertirse en la cara del terror? Se trata de esposas, hermanas, hijas o so-

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 160. Cfr. las observaciones y matizaciones a Cavarero de Kelly Oliver, *op. cit.*, pp. 130-131.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>54</sup> Laura J. Varo, *El País*, 30/3/2010.

brinas de rebeldes del Cáucaso del Norte muertos durante las dos guerras que devastaron a Chechenia desde la caída de la URSS. La lealtad a sus familias y a las ideas que les llevaron a la muerte genera en estas mujeres un sentimiento de venganza que las arrastra a matar y a morir matando.

En otras ocasiones, son mujeres violadas que han perdido su identidad y el privilegio de pertenecer a una sociedad tan patriarcal como la del Cáucaso, y que no ven otra salida más que la de entregar la vida por su pueblo [...]

Muchos expertos en terrorismo han debatido sobre lo que atrae a las mujeres a participar en los ataques. Algunos dicen que la baja condición social de las viudas y las solteras en Chechenia, que las convierten en objetivos fáciles. Otros, por su parte, aseguran que las mujeres son más emocionales que los hombres y por lo tanto más fáciles de convencer para perpetrar ataques suicidas»<sup>55</sup>.

Permítaseme disculpar la inclusión de tan largas citas, pero la descripción merece la pena. Mujeres desamparadas, desesperadas, humilladas, instruidas por hombres y bajo su control, sin identidad ni capacidad de actuar por sí mismas, sin motivaciones ni ideología políticas, a pesar de la larga guerra, nada tienen que perder sino la vida y vengarse. Sus acciones, su participación en los atentados únicamente responden a cuestiones personales y emocionales. Sin pasar por alto la coincidencia entre propaganda chechena, las fuentes rusas y los expertos en terrorismo. Tal descripción encaja en la «vengeful mother» de Sjoberg y Gentry, aunque también se pueden encontrar entrelazadas las otras dos narrativas, indican que esta es la más prominente<sup>56</sup>. Perversión del ámbito privado, venganza, Medea vuelve a resonar y a primer plano, así lo exponen nuestras autoras. Según Sjoberg y Gentry la violencia que representa Medea es persistente, se trata de una violencia que tiene su raíz en un intenso y desesperado vínculo con la maternidad, la violencia de las modernas Medeas se desencadena para vengar el amor perdido, un hogar destruido, se trata de una perversión del ámbito privado. No obstante, Cavallero es quien nos muestra de forma más precisa la evocación de Medea ante la anomalía y el desconcierto.

«Icono absoluto de la violencia femenina, Medea, [...] es única y es la más atroz. No sin razón, el mito ha querido entregar el acto inesperado, y sin embargo previsto, de la destrucción del inerte a una mujer, mejor dicho, a una madre. Cada vez que el inerte deviene golpeado, herido, matado —no importa cual sea el sexo del carnicero— el fantasma de Medea repite así su gesto sobre la escena renovada del horror. Cuando el carnicero es una mujer, y con mayor razón una madre de la que nos esperaríamos la cura, tal escena se hace ante todo más intensa y más próxima al núcleo esencial del horror»<sup>57</sup>.

---

<sup>55</sup> *ELMUNDO.es*, 30/03/2010

<sup>56</sup> Cfr. «Black Widows in Chechenia», *op. cit.*

<sup>57</sup> *Op. cit.*, p. 165.

Poniendo en el centro del foco el acto de matar inermes que constituye el gesto de Medea, incide en que esto es lo que la trae de nuevo, no que las mujeres bomba estén embarazadas, ni tampoco que las mujeres musulmanas se inmolen por los motivos más arriba señalados. En su interpretación el crimen de Medea, la muerte del inerte a manos femeninas, se renueva, no tanto como perversión de lo privado, como con un «vuelco de sentido», un «crimen de familia» deslocalizado al ámbito público y como gesto de militancia política. No obstante, lo que emerge siempre «sin excepción» es la cuestión de la figura materna:

«Dado que al trauma de una mujer que mata a seres inermes se añade el escándalo de una trasposición de este asesinato desde el ámbito privado al público, mejor, a una escena mediática global, la justificación del acto está obligada a giros argumentativos insinceros y artificiosos. Además no puede ser de otro modo. Cualquiera que sea el valor emancipatorio o militar que se les atribuya, el cuerpo femenino que explota para destruir cuerpos inocentes es, simbólicamente, siempre un cuerpo materno. El crimen del que se hace protagonista tiene raíces ontológicas, hundidas en la condición humana de la vulnerabilidad, que ningún pretexto político puede cancelar»<sup>58</sup>.

### III. *Dar y quitar la vida: de la vulnerabilidad*

Indicaba en la introducción las dificultades de adentrarse en el terreno de la(s) violencia(s) y, en particular, a la hora de abordar la violencia de las mujeres, las dificultades éticas de encararla sin justificarla, absolverla o condenarla. Medea, dice Cavarero, no se suicida y, por tanto, tiene tiempo para «medir la profundidad del crimen cometido y asumir su responsabilidad», no acontece lo mismo con el horrorismo suicida que se cierra sobre sí mismo y «se enorgullece así de la inapelabilidad». La especificidad del horrorismo suicida, lo difícil y doloroso que es reconocer el rostro femenino del horrorismo actual, explican, a su juicio, que muchos de los estudios de mujeres sobre este fenómeno sucumban a la tentación de presentarlas como «objetos de un padecimiento sufrido más que como sujetos de una elección activa» y, así invertir los términos, cambiar las posiciones, identificándolas con el inerte, apareciendo como víctimas y disminuyendo su responsabilidad ética.

Comprender la violencia perpetrada por mujeres supone, como hemos tratado de desarrollar, analizarla en el marco, en los marcos, de las construcciones del sexo/género, y así comprender una de las profundas raíces de la violencia contemporánea como un ejercicio necesario, no sólo para erradicar tanto la violencia contra las mujeres como la de las mujeres, sino también,

---

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 167.



inexcusablemente, en relación con la vulnerabilidad de la condición humana, sobre el poder de dar y quitar la vida, y, en este sentido, la figura de la madre y de lo maternal, como hemos visto de la mano de las distintas autoras y ejemplificado en los dos casos examinados, no hace sino situarlo en primer plano, exigiendo un estudio detenido de las distintas interpretaciones.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, C. (2008): *Mujeres e imaginarios de la globalización*, Rosario, Santa Fe, Homo Sapiens Ed.
- Aretxaga, B. (1988): *Los funerales en el nacionalismo radical vasco. Ensayo antropológico*, San Sebastián, La Primitiva Casa Baroja.
- Aretxaga, B. (2005): «The Death of Yoyes: Cultural Discourses of Gender and Politics», en Zulaika, J. (ed.): *States of Terror. Begoña Aretxaga's Essays*, Reno, Nevada, Center for Basque Studies-University of Nevada, pp. 147-162. Trad. Cast.: Prólogo: «La muerte de Yoyes: Discursos culturales de género y política en el País Vasco», *Yoyes Desde mi ventana*, Zarautz, Alberdania, 1987, pp. 7-33.
- Asad, T. (2008): *Sobre el terrorismo suicida*, Barcelona, Laertes.
- Butler, J. (2010): *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós.
- Card, C. (1991): «Rape as terrorist institution», en Frey, R. G. y Morris, Ch. W.: *Violence, Terrorism, and Justice*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 296-319.
- Card, C.: «Questions Regarding a War on Terrorism», en *Hypatia*, Vol. 8, n.º 1 (2003): 164-169, Forum on September 11, 2001: Feminist Perspectives on Terrorism.
- Cavareto, A. (2009): *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, Barcelona, Anthropos.
- Cavareto, A. (2011): «Inclining the subject. Ethics, alterity and natality», en Attridge, D. y Elliott, J.: *Theory After Theory*, London, New York, Routledge, pp. 195-204.
- Crettiez, X. (2009): *Las formas de la violencia*, Buenos Aires, Waldhuter Editores.
- Duque, F. (2007): «La banalización de los monstruos (Lógica del exceso)», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n.º 42, 45-70.
- Echeverría, J. (2004): «Terrorismo en el tercer entorno», en Roldán, C.; Ausín, T. y Mate, R. (eds.): *Guerra y paz. En nombre de la política*, Madrid, Calamar Ediciones.
- Eisenstein, Z. (2008): *Señuelos sexuales. Género, raza y guerra en la democracia imperial*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Gondar, Marcial (1991): *Mulleres de mortos. Cara a unha antropoloxía da muller galega*, Vigo, Edicións Xerais.
- Heisbourg, F. (2002): *Hiperterrorismo. La nueva guerra*, Madrid, Espasa.
- Ibarra, P.: «Yoyes: Ética y política», en *Mientras Tanto*, n.º 29 (1987): 69-76.
- Jaggard, Alison M. (2005): «What Is Terrorism, Why Is It Wrong, and Could It Ever Be Morally Permissible?» *Journal of Social Philosophy*, Vol. 36, n.º 2, 202-217.

- MacDonald, E.: *Shoot the Women First* (1992), New York, Random House. *Matem as mulheres primeiro*, trad. portuguesa de Pedro Serras Pereira, Lisboa, Fenda Edições, 2000.
- Meyer, Arno J. (2002): *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolution*, Princeton, Oxford, Princeton University Press.
- Oliver, K. (2007): *Women as Weapons of War. Iraq, sex and the media*, New York, Columbia University Press.
- Osborne, R. (2009): *Apuntes sobre violencia de género*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Pape, R. A. (2006): *Morir para matar. Las estrategias del terrorismo suicida*, Barcelona, Paidós.
- Posada, L. (2008/9): «Mujeres, violencia y crimen globalizado», en *Revista Centroamericana Justicia Penal y Sociedad*, Vols. 28 y 29, 41-65.
- Sjoberg, L. y Gentry, C. E. (2007): *Mothers, Monsters, Whores. Women's Violence in Global Politics*, London/New York, Zed Books.
- Tilly, Ch. (2004): «Terror, Terrorism, Terrorists», *Sociological Theory*, Vol. 22, n.º 1, 5-13.